

LITERATURA Y EDUCACION SENTIMENTAL ⁽¹⁾

Jorge Alberto Naranjo*

"La literatura es un asunto del pueblo"

Franz Kafka

1. PROBLEMA DE EXPRESION

La violencia, la agresión desmesurada y súbita, las demandas y respuestas explosivas, destructoras y no anunciadas, son con frecuencia el fruto de hondas limitaciones de expresión, de sentimientos muy intensos que no encuentran canales para expresarse. Un ser incapaz de verbalizar lo que siente, de hacer una señal inequívoca, precisa e inteligible de su estado de espíritu; un ser que no puede transmitir con nitidez un sentimiento ni compartir confiadamente una emoción, es un ser propenso -cuando desespera- a estallar en iras y descargarse en agresiones muy fuertes, mientras que tiende a volverse un ser abúlico, pasivo y triste

cuando la indiferencia y el cansancio suplantando -como es lo más corriente- a la desesperación. En su mudez o en su grito, resulta ser incomprendido; y sus energías humanas, la humildad posible que hay en él se diluyen, casi siempre sin beneficio para nadie, y siempre en perjuicio de sí mismo.

Los problemas de expresión pueden llegar a ser muy graves, invadir todos los ámbitos de la vida en sociedad, mirar por la base toda la cultura de un pueblo. De creer a Nietzsche, "los que se callan se vuelven dispépticos"; a un pueblo que calla, a una generación sin medios de expresarse, le sobrevienen cosas peores. De una u otra manera, el alma enferma si no encuentra vías para asomarse al mundo, si no puede resonar con otras almas, ni multiplicar su amplitud, si no sabe volar en compañía sobre esta tierra movediza. Que no se me argumente con los místicos.

(1) Tomado de: *Revista La Hoja de Medellín*, Nro. 10. Medellín, Junio de 1993.

* *Doctor Honoris Causa UNAULA. Docente e Investigador Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín.*

De los que conozco, todos tenían su compañía, no solamente la de Jesús sino la carmelita o la franciscana o tantas otras; o tenían su lamasería y su escuela, su jardín y su falansterio. De los que no tenían lazo con los hombres nada sé, y quién lo sabe? El alma, como decía bellamente Leonardo da Vinci, vive contenta en el cuerpo, gracias al disfrute del mundo, gracias al ejercicio de su sensibilidad.

El alma feliz es alma abierta, es sintonía con la naturaleza y con el mundo, que son al fin y al cabo la obra magnífica de Dios. Un alma encorchada, sin vías para salir de sí misma al encuentro de otras almas, sin palabras para nombrarse, sin colores para pintarse que se atraganta con sus anhelos, con ese fondo incomunicable de ideas, sentir, emociones que en ella palpitan y que no encuentran salida creativa -un alma así se enferma, se agota y se envilece poco a poco. El alma feliz vive en obra, hasta en sus horas de contemplación, hasta en sus rutinas más tediosas. Es por eso por lo que las almas felices son tan escasas.

2. LA EDUCACION SENTIMENTAL

Creo que en toda cultura verdaderamente sana es tarea prioritaria la educación de los sentimientos. Con mayor razón -como lo predicó vehemente Konrad Lorenz- si una cultura está enferma. Si no empezamos por ahí, qué vale lo demás, en qué se asienta?

Una parte significativa de la ética, no lo olvidemos, se refiere a la educación de los sentimientos, al estudio de las pasiones, a la búsqueda de una economía pasional adecuada para alcanzar la felicidad y, sobre todo, para soportarla y perseverar en ella; si tanto se recalca lo necesario de una Ética -sea civil o confesional- para regular nuestras relaciones sociales, tan turbulentas hoy, por qué no empezar por prestarle máxima atención a la educación sentimental de nuestras gentes? En estas cuestiones se ha venido trabajando de una manera algo equívoca, y cual si no hubiera una idea precisa de la complejidad del mundo de los sentimientos humanos.

La inteligencia que se aplica en definir y fomentar claros y hermosos sentimientos, como la tolerancia y la mansedumbre, no se aplica con la misma intensidad al estudio de sentimientos ya no tan claros y hermosos, como la agresividad y la rebeldía, sentimientos éstos tan humanos como los otros y, en tantos sentidos, imprescindibles para que la vida se afirme y se expanda. Y en cuestiones del alma esa desaplicación puede llegar a ser, socialmente muy costosa.

La atención sesgada al mundo de los sentimientos, el fomento unilateral de ciertas pasiones, no pueden tener sino fatales consecuencias prácticas. Qué vale la mansedumbre -pongamos por caso- sin la prudencia, la sencillez y otras varias virtudes evangélicas y no tan evangélicas? Y qué valor atribuir a la tolerancia que se torna conformismo y sumisión, que no sabe elegir ni apasionarse, que nace -como dice el Evangelio- de la tibieza del corazón?

El valor de los sentimientos no es absoluto sino más bien contextual. Toda pasión presenta un valor circunstancial que ni es constante ni preserva necesariamente el signo al variar el contexto de su ejercicio. Las pasiones limitan con pasiones, y a veces de las maneras más inesperadas. Cuáles son, por ejemplo, los "límites de la tolerancia"? Qué pasa si alguien rebosa los límites de tolerancia? Será que la tolerancia limita con la agresividad?

No hay sentimiento más repudiado por ciertos discursos -sean civiles o confesionales- en elogio de la tolerancia, que el de la agresividad. Y no obstante sólo se trata -como lo enseñó Lorenz- de un "pretendido mal". Modulada armoniosamente en el concierto de las otras pasiones, la agresividad es una bella fuerza impulsora de vida y creación, una alegre marcha del espíritu a través de ruinas y obstáculos. Sin la que Deleuze llamó "inocente agresividad del pensador" no imagináramos siquiera cómo pudo hacerse la revolución galileana ni cómo se gestarían los pensamientos de Marx, Nietzsche y Freud; sin agresividad no habría ni un Picasso, ni un Messiaen, ni un Joyce; ni siquiera se

hubiera esbozado, sin agresividad, la obra de un Francisco de Asís o de un Juan de la Cruz; y algunas de las más altas cimas del siglo de Oro no se hubieran alcanzado si no fueran guiados por la agresividad: esos dardos, alados y burlescos de Góngora o Cervantes, por ejemplo.

¡Cuánto puede ayudar la inocente agresividad a la sana tolerancia! Todos esos ejemplos que aduje, notémoslo, corresponden a hombres, en todos los sentidos, sobresalientes en indulgencia y comprensión de la condición humana, algunos de ellos paradigmas no sólo de tolerancia sino, para mayor interés del asunto, de mansedumbre... Y aún más que agresivos en cierto sentido, en determinadas circunstancias, hombres rebeldes, en franca oposición a creencias, usos, reglas de vida y pensamiento. Un hombre agresivo y rebelde y un hombre tolerante y manso puede ser a veces -y no en los casos más desafortunados- un solo y mismo hombre...

Este mero ejemplo nos indica que la verdadera educación sentimental debe tratar de hacer a un lado todo esquematismo en la evaluación de los sentimientos y las pasiones. No nos llevará lejos, ni en el pensamiento, ni en la acción, simplificar los complejos sentimentales humanos. Vale más asumirlos como fenómenos complicados, lleno de matices, de valores posibles. Y tal vez la mejor manera de estudiar el sentimiento sin falsas simplificaciones sea por la vía del estudio, la lectura y reflexión de las obras literarias, particularmente los relatos, cuentos y novelas. La educación sentimental bien podría comenzar como un curso de Literatura.

3. LA LITERATURA COMO LABORATORIO DE VIDA AFECTIVA

Una buena novela, un buen cuento, son con frecuencia los mejores laboratorios del sentimiento y la pasión humanos. La literatura es una fenomenología de las pasiones. Tomemos como un ejemplo la pasión de los celos.

Desde el Antiguo Testamento los vemos operar como pasión dominante de muchos episodios: los celos de los primeros padres, los de Caín, los de Sara, Esaú, Aarón. Los celos y la envidia, los celos y la autoconservación. El Antiguo Testamento bien podría leerse como una novela arcaica y un tratado de las pasiones. Como cualquiera otra, la pasión de los celos ha sido hondamente reflexionada por los grandes escritores: ha variado, modulado, conjugado, puesta en los más diversos contextos y ambientes, vivida por una gama muy amplia de tipos humanos, con acentos cada vez distintos: están los celos burlados de "El viejo celoso" en Cervantes, los celos enfurecidos de "Otelo" en Shakespeare, los celos impotentes de Mabuse en Balzac, los celos matrimoniales en "La Zonata a Kreutzer" de Tolstoi, los celos intelectualizados de Salieri de Pushkin, los celos que se alivian en el Swann de Proust, los celos que se emborran en el Cónsul de Lowry, los celos que se anonadan en la Roberta de Klossowski, los celos vengativos en el Pedro Zabala de Efe Gómez. Unas veces enciegan y otras iluminan; ya matan, ya resucitan; ya mueven y ya paralizan: los celos, como cualquier otro sentimiento, son procesos que evolucionan y se adaptan. A la vez que se modelan según las presiones de las circunstancias, ejercen su influjo sobre el entorno y lo modifican. La fuerza del sentimiento obra en torno suyo, creando atmósferas pasionales, suscitando pensamientos y pautando acciones. Pasan unos celos bien vivitos y recién nacidos y tras ellos va una estela de lagrimones y de quejas; pasan unos celos ya viejos y los acompaña un cortejo de pesares callosos y de rencores incurables. Y habitualmente, cerca de los celos rondan la venganza, la desconfianza, en fin, varias otras malas compañías sentimentales.

Y lo mismo sucede con cualquiera otra pasión o sentimiento: no sería difícil diseñar un itinerario de lecturas y comentarios de relatos por vía de los cuales pueda tratarse con toda su amplitud y complejidad.

No quiero abundar en ejemplos: el que no lo crea que lea para que lo vea. Al entrar en el examen de las pasiones en las obras literarias, bajo la guía de maestros avezados y probados ya por sucesivas generaciones, de autores cuya lección orientó ya la vida de muchos otros hombres, claro está que llevaremos todas las de ganar y enriquecer nuestra educación sentimental: cada lector siente que su alma se abre a la experiencia de otros muchos, y puede ponerse -sin mayor costo energético ni de servidumbre- en el lugar de otros, sentir a través de ellos lo mismo que él siente y tal vez lo que no ha sentido aún -otros climas de su pasión, otras intensidades de su sentimiento, excesos pasionales, evoluciones posibles de eso que él siente, tal vez de manera borrosa e inexpressible. Así se experimenta la pasión sin hacer daño a nadie, así se aprende a verbalizar lo que pasa a su alma.

La literatura debería ser materia básica para el tratamiento de los problemas de expresión de nuestros sentimientos. La literatura - como dice Kafka- es asunto del pueblo.

4. LA LITERATURA ANTIOQUEÑA: CLAVE DE NUESTRA EDUCACION SENTIMENTAL

En tal sentido la gran literatura de relato en Antioquia no ha comenzado siquiera a rendir sus frutos mejores. Allí hay una mina, inexplorada casi, de lecciones para aprender acerca de nosotros mismos.

Por muchas razones es una literatura única en el mundo: por la región, por el idioma, por la idiosincrasia de nuestra gente, por los procesos históricos tan particulares que nos han constituido como pueblo. Pero no es

menos honda ni universal que la gran literatura de otras latitudes, ni por ser regional abarca sentimientos limitados o incompletos. Aquí hay cimas artísticas no superables fácilmente. Novelas breves como "Madre", de Samuel Velásquez, "Sol" e "Inocencia" de Francisco de Paula Rendón, "Ligia Cruz" o "Luterito" o "San Antonio" de Tomás Carrasquilla, deberían ser de lectura obligada en todo colegio paisa. Cuantos como los de las "Almas rudas" de Efe Gómez, estudiados con el cuidado que se merecen, interpretados a la letra pueden ser uno de los retratos más descarnados de nuestros contradicciones como pueblo.

Cuentos como "Un Zarathustra maicero", también de Efe Gómez; "Que pase el aserrador" de Jesús del Corral, o el famoso relato de Peralta, son bellas muestras de lo que puede nuestra raza, de nuestra picardía y nuestra astucia. No vale la pena darlos a conocer de nuestros chicos y jóvenes, no reforzaríamos con ello su identidad personal y paisa?

En fin, sólo son unos ejemplos: en la gran masa de nuestra literatura regional, que apenas comienza a inventariarse, hay varios centenares de cuentos y novelas, y unas varias decenas de autores notables. Cuándo les daremos la oportunidad de ayudarnos a entender mejor lo que pasa?

Editar esas obras en cartillas baratas y de fácil acceso a todos los estudiantes; conformar grupos de análisis literario para capacitación de los maestros de Literatura; escribir y divulgar las ideas que suscitan esas lecturas, es una tarea que no está lejos de nuestro alcance. Y es una manera de que los muertos también se pongan del lado de la vida.